

Gran acierto es concluir el ensayo con el Estado nazi, pues así como la Primera Guerra Mundial alumbró con la Revolución Rusa una nueva forma de vida en la Historia, también la Segunda Guerra Mundial dio inicio a la época en que Estados Unidos se constituyó en potencia hegemónica de Occidente, con toda su secuela de dominio económico y militar. La nueva era ha de tener un estudio aparte, y ojalá sea de la categoría de *El Estado: orígenes y desarrollo*, la obra de teoría política más importante de Juan Bosch.

Diómedes Núñez Polanco

El discreto encanto de unos recuerdos burgueses*

La primera entrega de los recuerdos de este *uomo universale* señaló tal vez una piedra miliar en la evolución del género memoriógrafo en nuestro país. Las fronteras entre literatura y realidad desaparecían en sus páginas, caleidoscópicas, errabundas, consteladas de aciertos lingüísticos e incitadoras siempre de la conformidad y la fruición de sus lectores. Pániker sabía el gran espectáculo literario ofrecido por sus textos y se recreaba, como los maestros en el arte de Cúchares, en la suerte, con despliegue fastuoso de lecturas heteróclitas, pero bien fagocitadas, con cambios de ritmo sorprendentes y continuos, con cadencias de prosa inusitadas y, en fin, con virtuosismo de mago de las letras, de las ciencias y de las artes.

Ello, naturalmente, implicaba lindar con no pocos abismos y despeñaderos, soslayados en aquella primera parte por la novedad de la presentación, e igualmente por el *streak tease* de un espíritu que, pese a su narcisismo y a la artificiosidad de su vehículo expresivo, descubría dolor y frustración en cantidad suficiente para mover no sólo la curiosidad del lector, sino también su interés y su solidaridad, pues la peripecia de Pániker era —es— la de todo un sector cualificado de su generación, la primera de la postguerra.

Sólo un genio literario a la manera de Proust o un alma roussoniana podía superar con éxito el reto que implicaría una segunda confesión personal, encabalgada sobre las lí-

* Pániker, S: Segunda Memoria. Barcelona, 1988, 412 pp.

neas de lo conocido ya por su atento lector. Y no ha sido así, claro. A pesar de los múltiples registros de las máquina estilística de este ingeniero-filósofo, de la muchas vibraciones de su sensibilidad tremante y de los numerosos trucos aprendidos en su larga travesía por todas las aguas de las letras, esta segunda derrota tiene un perfil menos airoso y atractivo que la singladura inicial. La repetición configura su contenido; el esoterismo de su lenguaje, el desconcierto, su resultado.

El bien colmado centenar de páginas con que se abre esta *Segunda Memoria* constituye ya una prueba para el lector, un tanto perdido si no cansado con el a la vez sincopado y detenido relato de las vicisitudes matrimoniales y extramatrimoniales del autor que no contento con tan meticulosa descripción volverá una y otra vez a la carga hasta convertir gran parte de su libro en una crónica sentimental de la familia Pániker... (no revelemos secreto tan limpiamente guardado) y de todas las *liaisons* entabladas con posterioridad por el autor con trepidante ritmo.

También, como en la primera parte de sus recuerdos, el autor se convierte en ésta en notario de la burguesía ilustrada catalana y, más concretamente, barcelonesa. Aunque sin intención alguna de imitar a Proust o a Mann, Pániker aspira a erigirse en fedatario de la dorada decadencia —moral y pecuniaria— de una gran parte de dicha clase, cuya capacidad de adaptación a la España democrática fue en casi todos los terrenos menor de lo que cabía presagiar de sus tímidos combates en pro de ella durante la larga etapa del franquismo. La pintura de Pániker resulta aquí muy vívida y colorista, pero también un poco cansina por reiterativo y endogámico de sus rasgos. Con todo, quien en el siglo XXI se sienta atraído por la España de los últimos decenios encontrará en la descripción de la Cataluña de la época debida a Pániker un retablo bien dibujado de sus modos y costumbres, con especial referencia a los literarios, y dentro de ellos, unas muy jugosas pinceladas acerca de los círculos editoriales, tan descuidados a la hora de enjuiciar y valorar el mundo del libro.

Pero si el futuro historiador o analista se encontrará hartamente recompensado, no sucederá lo mismo, por desgracia, con sus lectores de la hora presente que hallarán el cuadro muy limitado en humanidad y espacio. Cataluña, Barcelona, es algo más que la zona del Ensanche y de Pedralbes (¡Ay, angustias urbanísticas del autor, tan preocupado por su torre...!) Y, no obstante todas las volatinerías dialécticas de Pániker, su clase fue uno de los grandes pilares sobre los que se alzó el franquismo y en lo que se basó el desarrollo del único capitalismo español hasta entonces visto, salvaje por lo demás (epopeya de los inmigrantes andaluces, aragoneses, extremeños, murcianos).

Quizá la mala conciencia de sus miembros explique la obsesión viajera que arrebató a la mayor parte de ellos. El autor, capitalista arruinado, lírico y lúdico, realizó igualmente incontables viajes de trabajo y de placer por el ancho mundo: Norteamérica, el cono sur del Nuevo Continente, India —a la búsqueda de la identidad perdida— Inglaterra, Italia, Francia... Paisajes y figuras de dichas tierras hallan en él un observador extramadamente perspicaz, con elegías y endechas muy bien condimentadas y entreveradas, lo que hace desprender de ellas un tufillo en exceso literario, que no deja de poner en guardia al lector, si no acerca de su exactitud, sí de la autenticidad del talante con que Pániker se enfrenta con la humanidad doliente y gozosa.

La política no podía faltar en estas memorias, penosamente arrastradas en su desembocadura hasta alcanzar casi el medio millar de páginas. La política y los políticos. De la dictadura a la democracia. Aunque el autor es muy cauteloso en este campo pese a la apariencia desenfadada de su relato, unos y otra son metidos en el mismo saco; naturalmente, con los debidos distingos y salvedades. Como sucede con los hombres de letras recortados sobre las páginas de *Segunda memoria*, también los políticos que hormiguean en su texto son enjuiciados según el método enfático-elusivo. Aquellos destacados por la simpatía del autor merecen una semblanza bien acabada; mientras que de los más alejados de sus preferencias y gustos o bien se trazan con rasgos difuminados, siempre que gocen de audiencia en los medios creadores de la opinión pública —así sucede, y haremos un *totum revolutum* de política y literatura, con Jesús Aguirre, J. M. Areilza, Berlanga, Carlos Barral, Narcís Serra, Miquel Siguán, Carlos Ferrer, Manuel Vázquez Montalbán, Salvador Espriu...—; o bien sometidos a la técnica del agua-fuerte si pertenecen ya más al pasado que al porvenir— López Bravo (insuperable su flash con J. Pla), López Rodó, Fraga, Dionisio Ridruejo...; con excepciones muy peraltadas, como, por ejemplo, la de Alberto Ullastres o la de Manuel Díez Alegría. En todo momento, Pániker semeja guardar un importante material para ocasión más oportuna; quizá para cuando los tiempos estén más propicios en orden a acometer una galería de grandes contemporáneos, si bien los mimbres aportados son de innegable calidad para aproximarnos a la España del tardofranquismo, de la transición y del socialismo.

Sería infligir un agravio innecesario al autor si se pretendiera ir a la husma de mensajes en un libro que, sin renunciar nunca a la trascendencia, sí demuestra una devoción inquebrantable por el individualismo más radical y por la insolidaridad última de todos los destinos humanos. Aún así, este impersistente seguidor de todas las luces mistericas —de Oriente y Occidente— no tomará a mal el que su apresurado glosador haya extraído de esta fotografía velada de su madurez —todavía tendrá que recorrer más mares y cielos— la conclusión de que su nueva religión radica en el retroprogreso, tan agudamente analizado, por otra parte, por su pluma en un muy notable ensayo. No nos encandilemos demasiado con el porvenir. Si no en el interior del hombre, al menos sí en sus creencias y costumbres de otros tiempos y civilizaciones habita gran parte de la verdad y de la felicidad que pueda allegarse en este mundo sublunar.

José Manuel Cuenca Toribio